

Recordando a Henrietta (1916-2007)

Benjamín Muratalla*

La tarde lucía apacible en la ciudad. Una ligera llovizna y las oscuras nubes más allá de las montañas anunciaban el próximo temporal de aguas. Estaba por concluir la primavera cuando ella y Chenk llegaron por vez primera a la capital de México. De la tierra de donde venían aún traían el gélido aroma de la intensa nieve y el vértigo grisáceo de los rascacielos. La ciudad les parecía un verdadero paraíso, con su verdor y el improvisado colorido que desbordaba por todas partes.

El viaje había sido prolongado en extremo; fatigante, pero lleno de gocijio. Habían

aceptado la invitación de Tamayo porque querían constatar si era cierto que el país se parecía a sus pinturas de exóticas metáforas. En el auto de su amigo el pintor, radicado en aquellos tiempos en la urbe de hierro, recorrieron buena parte de Estados Unidos; habían atravesado la línea fronteriza internándose poco a poco en ese espacio tan imaginado desde allá y que tanto anhelaban conocer; ahora estaban aquí, en el esplendoroso Valle de México.

Eran los últimos días de la primavera de 1941; con la invasión de Polonia por parte de Alemania se iniciaba la Segunda Guerra

* Licenciado en etnología por la ENAH y maestro en comunicación por la UNAM. Su especialidad es la vinculación entre las culturas tradicionales y populares con los medios de comunicación masivos; ha escrito diversos ensayos y artículos al respecto.